

“Sin mente”: subjetividades y sentidos de agentes juveniles en conflicto con la ley

Martha Doris Montoya Martínez¹

Resumen

Este trabajo doctoral busca reconocer y comprender las subjetividades de agentes juveniles privados de la libertad por haber entrado en conflicto con la ley. Esto porque dicho reconocimiento esclarece el tipo de impacto que tiene el sistema de responsabilidad penal en los agentes juveniles que viven y egresan de los centros de rehabilitación. El interés prático-comprensivo de la investigación se enfocó en el método histórico hermenéutico. A través de los relatos se buscó conocer sus subjetividades en relación con lo que vivieron y esperan del sistema. Igualmente se reconoció en los agentes juveniles infractores² marcas traumáticas indelebles de su

1 Doctora en Formación en Diversidad. Magíster en Educación desde la Diversidad. Especialista en Gestión de Proyectos de Desarrollo con enfoque Socio humanístico. Licenciada en Educación Preescolar. Docente Investigadora del Instituto Pedagógico. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Manizales. e-mail: marthadorism@yahoo.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8601-7633>.

2 En este trabajo se toma el término infractor como está en la bibliografía citada y se asume como sinónimo de adolescente por fuera de la ley.



infancia, que repercuten en su presente sumido en sustancias psicoactivas y actos delictivos. “Sin mente”, es una actitud bajo la cual asumen realidades ajustándose a su rol en un grupo social que les determina, en gran medida, su forma de ser y estar. Se concluye que reconocer el agente juvenil infractor como ciudadano en pleno ejercicio de sus derechos, implica que se le rodee del ambiente y los recursos a fin de que logre su desarrollo pleno y construya subjetividades que le lleven a nuevos modos y sentidos de vida.

Palabras clave

Agentes juveniles, Subjetividad, Alteridad, Sistema de Responsabilidad Penal.

Primera red de sentido

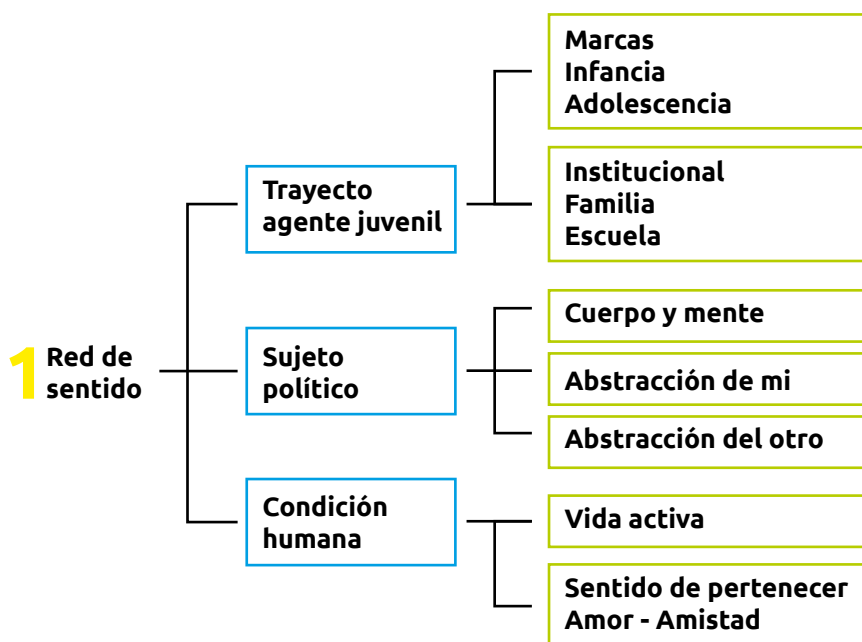


Imagen 1. Trayectos de realidades subjetivadas: sin familia ni escuela
Fuente. Elaboración Propia

Las marcas de la infancia

Intentar comprender la realidad de los agentes juveniles participantes a partir de sus subjetividades permitió identificar en ellos su incompletitud, de acuerdo con las condiciones que marcaron su vida desde la infancia. Es decir, son agentes juveniles que sienten que no han llegado a ser, que no alcanzaron a cristalizar la realidad soñada, quizás, por el peso de las marcas negativas de la infancia. Por ejemplo, el agente juvenil número 3, expresó que:

La infancia me dejó varias cosas, algo que me marcó fue lo que le pasó a mi padre, él tuvo un golpe en la cabeza a los 19 años y es como corrido. Yo tenía problemas en la casa con mi hermano y con mi papá. Eso fue lo que me llevó al consumo, yo empecé a consumir.

Otros testimonios recopilados reflejan situaciones que, de una u otra manera, empujaron a estos agentes juveniles al consumo de sustancias psicoactivas y dejándolos a puertas de actos delictivos:

Mi infancia no fue tan buena porque casi nunca tuve el apoyo de mi padre, entonces mi madre no tenía los recursos para darme mi estudio, entonces yo casi nunca tuve estudio, mi infancia no fue tan buena porque como desde los 9 años yo comencé a consumir hasta los 16. Como en el 2013 o 2014 tuve que dormir en la calle, pedir comida y todo, entonces eso fue muy duro, la calle, porque mi madre cayó en la cárcel entonces quedé solo, porque nunca tuve el apoyo de mis hermanas, en ese tiempo estuve de arrimado en las casas, de vez en cuando me daban dormida en una casa, pero eso era muy maluco, entonces yo me acordaba de eso y me ponía a llorar (Agente juvenil, 6)
Lo que a mí me marcó fue lo de mi papá, porque cuando yo era pequeño tenía 2 años, no lo alcancé a conocer porque ahí lo mató la guerrilla. A mí me dolió mucho, mi mamá me contó eso y yo pensé que mi papá estaba vivo y no sabía qué hacer (Agente juvenil, 8)

No hay duda, entonces, de que los traumas sufridos en la infancia dejan huella que no se borra con la adolescencia y sigue creciendo con ella, marcando pautas de dolor y vacío, que



finalmente detonan en el consumo de sustancias psicoactivas. Acorde con lo planteado por Lecannelier (2018):

El trauma en la infancia ha sido histórica y sistemáticamente negado, olvidado, silenciado, normalizado, rechazado y excluido. Pensamos que es algo que les ocurre a otros niños, no a los que conocemos, sino a aquellos que viven en la pobreza o en condiciones de maltrato físico, abuso sexual o negligencia. (p. 23)

Ahora, el reconocimiento de situaciones traumáticas en la infancia, como las descritas en los relatos de los agentes juveniles participantes, determinan las condiciones de las realidades de vida en los diferentes contextos que afectan el desarrollo mental y de la personalidad del agente juvenil; esto hace que el evento traumático se convierta en crónico.

En los hallazgos de este estudio se evidencia en los agentes juveniles una marca indeleble por los hechos traumáticos vividos en la infancia; con el tiempo, estos detonaron en crónicos por no ser reconocidos y atendidos por los adultos en el momento oportuno. Uno de los factores traumáticos más relevantes es el miedo a no ser querido, que fue realidad latente en las vivencias narradas en las cuales la figura paterna marcó, en la mayoría de los agentes juveniles, emociones encontradas por la desprotección, el rechazo y la falta de reconocimiento. El abandono es una de las experiencias traumáticas que quedan en el cuerpo y en la mente que difícilmente logra ser superada.

Lo planteado conlleva a una falta de cristalización en su condición infantil, un continuum de incompletitud cargado de abandono, rechazo parental (padre) como el principal desarraigo filial de las figuras que encarnan dicha posibilidad, vivencias traumáticas, llenas de ausencia del calor, afecto o amor de los padres hacia ellos.

La situación anterior trae a discusión las heridas sociales que se gestan en primera instancia en la familia, las cuales se trasladan al ámbito social, abriendo un gran interrogante en el que se cuestiona el papel del Estado, puesto que se mantiene desde este ámbito la condición de orfandad; el Estado perpetúa la herida de abandono, ya que este representa la figura protectora (padre). Una relación social donde familia-escuela-Estado se muestran carentes de referentes estructurales que protejan la condición humana desde sus diversidades.

Resulta evidente, por lo tanto, que la vida familiar es uno de los principales orígenes de las marcas negativas que en la infancia sufrieron los agentes juveniles sujetos de este estudio:

Prácticamente viví en la calle cuando mi mamá cayó a la cárcel, mi hermana me recogió y el marido de ella le dijo que prefería Si a él o al hermano. Entonces ella se fue con él y me echó de la casa y yo prácticamente aguanté hambre hasta que salió mi mamá de la cárcel (Agente juvenil, 10).

Mi padre empezó a agredir físicamente a mi madre y a mi hermanita y a mí, por esos días yo comencé muy mal, yo comencé con Rebeldía en mí casa (Agente juvenil, 1).

Las narrativas conllevan a leer la condición de humanidad en fragilidad, los interminables conflictos que se les plantea, su poca habilidad para estar por fuera de la esfera familiar y hallarse en la esfera social para ubicarse en ella como su propio hogar, el carácter siempre cambiante que trae consigo dicha situación imprimen rebeldía a su carácter en formación.

Son indicios de unas subjetividades situadas en el vacío, en medio del desarraigo, la indiferencia, la carencia de sentido, una colocación frente a la vida desesperanzada, subjetividades en contraste con matices desde los opuestos, desde los polos, desde extremos.

Las fragilidades expuestas desafían su condición de humanidad asumiendo realidades que en muchas ocasiones enfrentan fuera de sí –sin mente–, y ajustándose a su nuevo rol y grupo social que le determina una nueva forma de ser y estar, para substraerse de esa vida que le es hostil, difusa, que no le aporta a su crecimiento personal y espiritual.

Es allí donde entran a formar parte de sus vidas esos otros que, finalmente, como parceros, panas... se convierten en una posibilidad para enfrentar una condición que cotidianamente tiene que confrontar y que en soledad no lo logra; solo es a partir de esos otros que lo determinan, le generan una condición de filiación particular y, por lo tanto, una protección efímera, pero, al fin y al cabo, un grupo de acogida en el cual se puede resguardar. Una perspectiva que implica confusión, y por consiguiente dificultades, dependiendo del grupo al cual se afilia y arraiga en su construcción subjetiva de vida, pues podría traer consigo violencia y más inestabilidad, tal como lo plantea Amartya Sen (2006):



Cuando dejamos de prestar atención a la noción de ser idéntico a sí mismo y la centramos en compartir una identidad con ciertos miembros de un grupo particular (que es la forma que muchas veces se adopta la idea de identidad social) la complejidad aumenta aún más. (p. 10)

En lo planteado es evidente dicha complejidad, dado que los agentes juveniles que desean vincularse a ese grupo de pares o pandillas, deben cumplir unos retos, exigencias o demandas violentas que pueden ir desde bullying, matoneo, acoso y/o abuso sexual, incluso el homicidio. Una vez cumplidas tales exigencias se puede hacer parte de dicho grupo, del cual va a estar rodeado y defendido hasta con la muerte:

“Yo compro el problema por él”

“Lo que es con él es conmigo, todos pagamos”

“Es la sangre es mi sangre, lo que haya que hacerse”

Explica Sen (2006) que los problemas políticos y sociales presentados en la actualidad se relacionan con los reclamos derivados de identidades diferentes que proceden de grupos distintos y se constituyen en un nivel intersubjetivo, puesto que la identidad depende, de formas muy diversas, de lo que hacemos y pensamos. En este sentido, se plantea que se singulariza la categorización de los agentes juveniles solo a través de un sistema singular e incluyente; así, una perspectiva como la planteada conlleva a malas interpretaciones, frente a lo cual Sen (2006) llama la atención:

En nuestra vida cotidiana nos vemos como miembros de una variedad de grupos y pertenecemos a todos ellos. La misma persona puede ser sin ninguna contradicción, ciudadano estadounidense, cristiano, liberal mujer, músico, heterosexual, amante del teatro, fanático del tenis. Cada uno de estos colectivos a los que cada uno de las personas pertenecen en forma simultánea, le da una identidad particular. No se puede considerar que alguna de ellas sea la única identidad de la persona o su categoría singular de pertenencia. (p. 11)

Desde dicha perspectiva, los aspectos que confluyen en los agentes juveniles son los que los constituyen como sujetos his-

tóricos, por lo que es necesario reconocer en ellos la importancia de las afiliaciones y asociaciones en cada contexto particular. Lo anterior porque la mayoría de este tipo de filiaciones son negativas, pero son una especie de referentes que los llevan a encontrar un poder para ocultar su fragilidad (miedo).

Referencias

- Lecannelier, F. (2018). *El trauma oculto en la infancia*. Penguin Random House.
- Sen, A. (2006). *Identidad y violencia: la ilusión del destino*. Katz.

